



EN EL VIAJE DE LA VIDA

¡Yo deseaba conocer Rentería!

SIEMPRE tuve deseos de conocer Rentería por esa curiosidad instintiva que nos empuja indefectiblemente hacia todas las cosas de las que nos han hablado mucho o de las que sabemos algo característico que impresiona con más o menos intensidad nuestro espíritu. Este anhelo constante de escrutación, por humano, es patrimonio de todas las edades del hombre y se dá con todos los matices de educación.

Quisiera el sabio adentrarse en el mundo ignoto de los fenómenos de la Naturaleza, que conoce por sus efectos y aún por sus causas...

Quisiera el espíritu nómada y aventurero recorrer en triunfante éxtasis las tierras exóticas que aprendió en libros y relatos...

Quisiera en la noche misteriosa del 5 de Enero penetrar el niño en el caos insondable de los cielos, para husmear el cariz de los Reyes Magos y palpar sus barbas respetables.

Y el rico de cuna, saborear un momento la miseria con el fin morboso de recrearse después en su poder...

Y el imaginativo, conocer París o Nueva York o El Cairo, bajo la impresión de una literatura fantástica y deslumbrante...

Y el hijo del Norte trocar los días grises y nubosos por las horas radiantes y luminosas del mediodía...

Siempre los hombres estarán acuciados por el deseo de vivir lo que en un momento pudo impresionar su alma por una y otra razón. Es un rosario sin fin.

Y yo quería conocer Rentería.

Siendo yo un chiquillo había oído más de una vez el nombre de la pequeña villa guipuzcoana en el hogar muelle y bendito de mis mayores, que un día deshizo el vendaval de la vida. La razón, sencillísima e ingenua, no me la permitirá estampar el editor de esta revista sin cobrar el reclamo... a la fábrica. ¡Eran tan

deliciosas! Aún recuerdo con la emoción tiernísima con que se recuerdan las horas siempre felices de la infancia los momentos en que mis hermanos y yo palmoteábamos de alegría al ver saltar la tapa metálica bajo la cual se ocultaban los turruscantes rodeos.

Confieso que mi erudición sobre Rentería hasta poco tiempo paraba ahí.

Por fin, el verano antepasado la visité. Y ví que junto a esa fábrica que tan buenos ratos me proporcionó en horas muy pretéritas, había otra y otra y otra, lo que equivale a decir que Rentería es un pueblo cuya primera virtud es la resplandeciente del trabajo.

Luego, entré en plena delectación espiritual deambulando por sus calles. La paz reina en ellas. Todos los detalles en la vía pública están celosamente cuidados como ajuar de desposada. La ciudad, llena de luz, esa luz que pone una nota de optimismo en todas sus perspectivas. En la lejanía se divisan amplios panoramas de campiña.

A la hora del véspero las bellas renterianas irrumpen en sus calles y paseos. Alguien insinúa una frase bonita al oído de una preciosa muchacha. Se ha cumplido con la jornada cotidiana de trabajo y aquellas nobles gentes se entregan a una expansión efímera y sencilla.

Rentería es eso: trabajo, recogimiento, cordialidad.

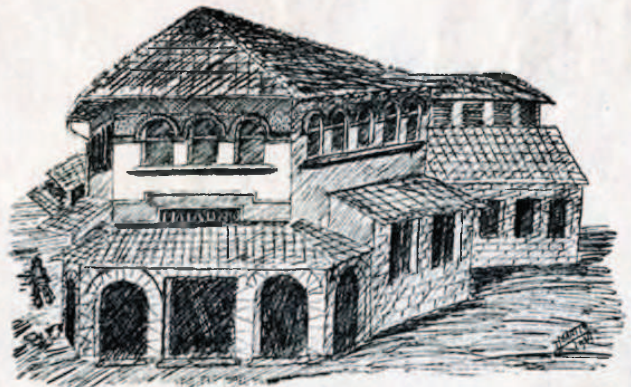
Si un día fuera hombre de dinero me haría construir una linda casita en aquel apacible rincón buscando un remanso en la impetuosa corriente de la vida.

¡Qué sugestión la de estos lugares provincianos que tienen toda la dulzura del campo y todos los méritos de la ciudad!

José María de Barbáchano



El viejo matadero.



El nuevo matadero.